

***El Frente Popular,
un instrumento
para el presente***

S. Baranga

EDITA:



**Partido Comunista de España
(marxista-leninista)**

www.pceml.info

contacto@pceml.info

PCE (m-l)

**El Frente Popular,
un instrumento para el presente**

Este año se cumple en España el 75º aniversario del Frente Popular. Con él, en febrero de 1936, las izquierdas españolas se unieron en torno a un programa común que permitió retomar el rumbo progresista de la República democrática y organizar su defensa frente al fascismo, cada vez más amenazante, en los meses siguientes y tras la sublevación de Franco, Mola y sus secuaces en julio. Pero el Frente Popular también significó, en ese proceso, retomar la iniciativa para los sectores obreros y populares y acumular fuerzas para dar un impulso a la superación del marco parlamentario, democrático-burgués, con el que se había organizado la Segunda República, e incluso cambiar las relaciones de producción y la composición de aparatos de Estado.

En la actualidad, el valor de los frentes obreros y populares vuelve a ponerse de relieve. Como nuestro Partido ha venido señalando desde el inicio de la crisis capitalista, el ataque emprendido por las oligarquías de todo el mundo, y en Europa en particular, se desarrolla en diversos frentes: desmantelamiento de los servicios públicos, recortes sociales, privatizaciones, restricción de los derechos sindicales y laborales, desahucios, represión y retroceso de los derechos políticos, etc.; y en esta ofensiva, como era de esperar, los representantes institucionales y políticos del capital no sólo han cerrado filas en torno a los ataques, sino que incluso han podido contar, en la Unión Europea, con la colaboración más o menos puntual de dirigentes de la “izquierda”. Por ello, se hace del todo necesario que la clase obrera plantee igualmente la construcción de un bloque popular que sirva para articular la respuesta a estas agresiones que, lejos de remitir, no cesan de aumentar, especialmente en los países cuya economía es más débil, como es el caso de España.

Las alianzas en el campo ruso antes de 1917

La teoría relacionada con los frentes populares tiene, como sabemos, un largo recorrido, que no se limita a los debates de la Komintern. Ya Lenin, en el folleto *A los pobres del campo*, razonaba sobre la necesidad de agrupar a diferentes capas del campesinado junto al proletariado urbano y frente a los terratenientes, pues «el pueblo trabajador no puede confiar más que en sí mismo»:

«En todas partes donde comienza la lucha entre ricos y pobres, entre propieta-

rios y obreros, el campesino medio se encuentra en la encrucijada, sin saber qué partido tomar. Los ricos lo llaman a su lado [...]. Y los obreros le dicen: los ricos te estafarán y te robarán, no tienes otra salvación que ayudarnos en la lucha contra todos los ricos. Esta pugna por el campesino medio se despliega por doquier, en todos los países donde los obreros socialdemócratas luchan por la emancipación del pueblo trabajador. [...] Por esta razón debemos estudiar ese problema con particular cuidado y comprender [...] cómo tenemos que ayudar al campesino medio a encontrar a sus auténticos amigos.»¹

Porque, como señalaba Lenin en la misma obra, a la gran burguesía le interesa que las capas intermedias, en este caso del campesinado, aspiren a alcanzar la posición de aquélla en lugar de unirse a la clase obrera para salir de la miseria, por mucho que, «como en la lotería», sólo un pequeñísimo porcentaje de ellos consiga cumplir su anhelo. Por este motivo, hoy como en 1903, los oligarcas procuran halagar los oídos de la pequeña burguesía, ensalzando su «capacidad de trabajo y sacrificio» y su «contribución al empleo y la riqueza» del país².

En aquel momento, la alianza entre obreros y campesinos venía dada por la necesaria acumulación de fuerzas, de cara a la revolución, en torno al proletariado. El eje de la política comunista en el campo fue esa vinculación con las diferentes capas del campesinado trabajador, contra la burguesía rural y en especial frente a los grandes propietarios y los terratenientes feudales; una alianza que tenía un carácter ofensivo, de avance. Eso no impedía que, ya en 1903, Lenin explicara abiertamente a los campesinos pobres que, cuando la clase obrera venciera a toda la burguesía, «confiscará la tierra de los grandes propietarios, organizará en las grandes fincas haciendas colectivas para que los obreros cultiven la tierra juntos, en común». Pero en 1917 los bolcheviques, llevando su táctica de alianza con los campesinos hasta sus últimas consecuencias, procedieron al reparto de tierras que anhelaban aquéllos para mantener su apoyo, posponiendo la colectivización de la tierra, que se completaría con Stalin: era la única forma de asegurar el poder político en manos del proletariado.

¿Cómo planteaba Lenin esa relación, de forma que permitiera ganar la confianza de los campesinos, o al menos alejarlos de una posible alianza

¹ Lenin, «A los pobres del campo», en *Obras escogidas en doce tomos*, tomo II, Progreso, 1975, p. 239.

² Por eso, no es casualidad que, en el actual conflicto de intereses entre fabricantes de automóviles y los propietarios de los concesionarios, el ultraconservador Partido Popular se haya erigido en portavoz de estos últimos, como en meses pasados hizo con el sector de los autónomos (pequeños comerciantes y otros trabajadores por cuenta propia).

con la burguesía?

«Los socialdemócratas luchan por todas las mejoras de la vida de los obreros y de los campesinos que puedan ser aplicadas ya, hasta tanto no destruyamos el dominio de la burguesía, y que faciliten la lucha contra la burguesía. Pero los socialdemócratas no engañan al campesino, le dicen toda la verdad, le dicen de antemano y con toda franqueza que ninguna mejora puede salvar al pueblo de la penuria y de la miseria mientras la burguesía siga dominando.»³

Es decir: la alianza entre los sectores populares se lleva a cabo sobre la base de las demandas inmediatas de estas capas, pero sin perder de vista el objetivo final: la revolución socialista. Decía Lenin:

«El primer paso en el campo es liberar por completo y conceder plenos derechos al campesino, así como elegir comités campesinos [...]. Nuestro último paso, tanto en la ciudad como en el campo, será uno mismo: *confiscar todas las tierras y todas las fábricas de los terratenientes y de la burguesía e instaurar la sociedad socialista*. Entre el primero y el último paso tendremos que sostener no pocas luchas, y *quien confunde el primer paso con el último perjudica esta lucha y pone sin darse cuenta una venda en los ojos de los campesinos pobres*. [...] ¿De qué vale desear el bien del mujik cuando ni siquiera se ve claramente cuál es la primera puerta que hay que forzar? ¿De qué vale desear el socialismo, si no se ve la manera de salir al camino de la libre lucha popular por el socialismo? [...] No importa que demos primero un solo paso [...]. Lo que importa es que los campesinos se percaten de su fuerza, que se pongan de acuerdo y se unan libremente»⁴.

Destacamos la importancia de la formación de esos comités populares, con vida propia y objetivos concretos, porque introducen una dimensión que tiene implicaciones importantes para los movimientos revolucionarios que se están produciendo en la actualidad, como veremos. Lenin insistía en la necesidad de que los trabajadores llegaran, por su propia experiencia, a la conclusión de que la revolución socialista (y la colectivización, en el caso de la tierra) era el paso necesario para conseguir colmar sus aspiraciones; al mismo tiempo, tenía una confianza sin límites en la capacidad creadora de las masas. Y estos principios guiarán también, en buena medida, sus planteamientos cuando llegue la hora de empezar a construir el Estado socialista:

«El pueblo de Rusia, que ha sido víctima pasiva durante siglos del gobierno y de toda clase de burócratas, patronos y señores, tiene antes que nada que aprender a respetarse y a confiar en sí mismo, y esto sólo puede darlo la experiencia práctica de “disponer de sí mismos a su criterio”»⁵.

³ *Ibidem*, p. 246.

⁴ *Ibidem*, p. 269-271 (la cursiva es de Lenin).

⁵ Cit. por C. Hill, *La revolución rusa*, Ariel, 1969, p. 158.

La posición de Dimitrov y la Tercera Internacional

Es de sobra conocida la elaboración teórica que realizó Dimitrov respecto a los Frentes Populares, en especial en su Informe al VII Congreso de la Komintern. Sin embargo, creemos necesario hacer alguna observación respecto a los planteamientos previos de los comunistas en torno a las alianzas dentro de la clase obrera, que debían concretarse en el Frente Único. A raíz del golpe de Estado fascista en Bulgaria, en junio de 1923, Dimitrov manifestaba:

«Los capitalistas se sintieron con las manos completamente libres en los distintos dominios de su actividad explotadora: en la industria y el comercio, en la actividad bancaria y en las sociedades anónimas, en la especulación con artículos de primera necesidad, en la gran propiedad de bienes inmobiliarios y de tierras. Despliegan una actividad febril para derribar todas las barreras legislativas y otras, que encuentran en su camino, y se preparan con intensidad para descargar de manera definitiva todo el peso fiscal y de las reparaciones de guerra sobre las espaldas de las masas trabajadoras de la ciudad y el campo.»⁶

¿Quién diría, con la salvedad de la referencia a las reparaciones de guerra, que este texto no corresponde al momento actual? Pues bien: si lo tomamos en cuenta, es sobre todo porque plantea el problema de la unidad obrera desde una posición defensiva, de resistencia a la agresión oligárquica a través de una plataforma concreta que asegure «el pan, la vida, los derechos, las libertades y el futuro del pueblo laborioso». Un planteamiento que se recupera en el célebre Informe de 1935, donde se establece que «la defensa de los intereses económicos y políticos inmediatos de la clase obrera, su defensa contra el fascismo, tiene que ser *el punto de partida y el contenido principal* del frente único» Y añade aún que «tenemos que encontrar las consignas y formas de lucha que se desprenden de las necesidades vitales de las masas, del nivel de su capacidad de lucha en cada etapa de desarrollo. Debemos indicar a las masas lo que necesitan hacer *hoy* para defenderse de la expoliación capitalista.»⁷.

⁶ G. Dimitrov, «El Frente Único y la ofensiva del capital» (agosto de 1923), *Selección de trabajos*, Sofía, 1977, p. 10. El mismo sentido defensivo tenía el impulso del frente único por el PC de Alemania a principios de 1933, frente a la amenaza nazi; Dimitrov lo defendería de nuevo en 1935, no sólo por la extensión del fascismo, sino también porque «la ofensiva del capital contra el nivel de vida de los trabajadores crece incesantemente».

⁷ G. Dimitrov, «La ofensiva del fascismo y las tareas de la Internacional en la lucha por la unidad de la clase obrera contra el fascismo. Informe ante el VII Congreso

Junto a eso, ya en ese año de 1923 se plantea un objetivo político más trascendental y que permitirá ampliar ese frente y convertirlo en un instrumento ofensivo:

«El frente único del trabajo libera a las amplias masas populares de la influencia y dependencia política de la burguesía capitalista, conduce al total aislamiento del capital y sus partidos, y con ello desbroza el camino para la emancipación definitiva del trabajo del yugo capitalista.»⁸

Es significativo cómo esta política de Frente Único prefigura algunos aspectos de los futuros Frentes Populares, al contraponer «al gran comercio y a la especulación bursátil» la situación de los obreros, pero también de los pequeños comerciantes y del pequeño artesanado. En esos momentos, Dimitrov se está dirigiendo a los partidos en los que militan «las masas trabajadoras y su intelectualidad laboriosa», incluyendo a la Unión Agraria, el Partido Socialdemócrata e incluso el Partido Radical; porque

«entre todos estos partidos y el partido del capital se abre un abismo infranqueable, de intereses profundamente opuestos del proletariado y de la pequeña burguesía por una parte, y los de la burguesía capitalista por otra; [...] Por eso los partidos de las masas trabajadoras, si quieren permanecer fieles a los intereses de éstas, no pueden dejar de estar en oposición irreconciliable con los partidos capitalistas, ni dejar de buscar los puntos de contacto entre ellos para el trabajo y la lucha en común.»⁹

Por otra parte, en el Informe de 1935, Dimitrov aclarará:

«¿Acaso el frente único amenaza a los campesinos, a los pequeños comerciantes, a los artesanos, a los trabajadores intelectuales? No. Amenaza a la gran burguesía, a los magnates financieros, a los terratenientes y demás explotadores, cuyo régimen acarrea la ruina total de todos esos sectores.»

Porque el frente único, en esta ocasión, se plantea una tarea defensiva: la defensa de las libertades democrático-burguesas contra el fascismo y la reacción, de forma que el proletariado pueda aprovechar esas libertades para seguir desarrollando sus propios instrumentos de lucha y avanzar hacia la revolución. Pero nada de eso es obstáculo para que, de forma dialéctica, se pueda producir «el paso de la defensiva a la ofensiva contra el capital».

En este proceso unitario, los comunistas, recalca Dimitrov, son el motor de la actividad combativa del proletariado, para la que propone realizar

Mundial de la Internacional Comunista», *Selección de trabajos*, p. 89 (la cursiva es de G.D.).

⁸ G. Dimitrov, «Frente Único o colaboración de clases», *Selección de trabajos*, p. 27.

⁹ G. Dimitrov, «El Frente Único...», p. 12.

acuerdos a corto y a largo plazo para acciones comunes con otras organizaciones de los trabajadores, de forma que las organizaciones de base lleven a cabo acciones de masas a partir de acuerdos locales. Todo ello, sin olvidar que la realización concreta del frente único en los distintos países se producirá de diversas formas, según el estado de las organizaciones obreras, su nivel político, la situación del país, etc.

La Tercera Internacional planteó, a través del Informe de Dimitrov, la creación de «un extenso frente popular antifascista sobre la base del frente único proletario», que permitiera la alianza del proletariado con el campesinado trabajador y amplias masas de la pequeña burguesía urbana, recuperando ideas ya expresadas por este dirigente en 1923. Un frente popular que se enlaza con el frente único del proletariado «*por la dialéctica viva de la lucha* [...], y no se hallan separados, ni mucho menos, por una muralla china. No puede pensarse con seriedad que sea posible llevar a cabo de un modo efectivo el frente popular antifascista, sin establecer la unidad de acción de la propia clase obrera, que es la *fuera-guía* de aquel frente popular. Pero al mismo tiempo, el desarrollo posterior del frente único proletario depende en gran medida de su transformación en frente popular contra el fascismo.»¹⁰

Es muy importante, para la tarea que tenemos planteada los comunistas españoles, no perder de vista el desarrollo dialéctico de los frentes, según hemos visto, en dos aspectos: 1) en la relación entre frente obrero y frente popular; y 2) en sus posibilidades como herramienta defensiva y ofensiva. En esta segunda perspectiva en particular, los partidos búlgaro y albanés desarrollarían la línea marcada por la Internacional, durante y tras la guerra contra el nazifascismo, a través del Frente de la Patria y del Frente de Liberación Nacional, respectivamente.

¹⁰ G. Dimitrov, «Por la unidad de la clase obrera contra el fascismo», *Selección de trabajos*, p. 155-156.

El Frente Único y el Frente Popular en España

En nuestro país, fue la oposición de la dirección socialdemócrata (del PSOE y su sindicato UGT) la que obstaculizaría la unidad del proletariado durante los primeros años de la Segunda República¹¹. Como ya denunciara Dimitrov en la Bulgaria de 1923, y como verían los diversos partidos comunistas a lo largo de la década de 1930, los cálculos partidistas también pesarían en España. Aquí, ya en marzo de 1933 se publica el *Llamamiento de la Internacional Comunista para la organización de la lucha común de los trabajadores socialistas y comunistas*, que concede prioridad a la resistencia antifascista, mediante un «frente único proletario antifascista». Pero los dirigentes socialistas temían favorecer la política comunista del frente único por la base y se mostraron muy preocupados por la simpatía de los militantes socialistas hacia la propaganda antifascista. Por el mismo motivo, desoyeron los llamamientos del PCE a la unidad de acción en 1934 y llegaron a prohibir la presencia de socialistas en actos conjuntos con comunistas el año siguiente¹². De hecho, sólo apoyaron la iniciativa de la Alianza Obrera “por arriba”, impulsada por el izquierdista J. Maurín, en la medida en que podía compensar su debilidad en Cataluña, y reforzar su influencia en Asturias, donde el anarcosindicalismo de la CNT era relativamente débil. El factor esencial para que se diera este giro fue la derrota electoral de noviembre de 1933, que abrió la posibilidad de un Gobierno participado por la oligarquía profascista.

Pero el hecho que significaría un viraje más importante en la izquierda española fue la revolución de octubre de 1934. Sólo un mes antes, el PCE había decidido ingresar en las Alianzas (convertidas así en Alianzas Obreras y Campesinas), por «la extrema gravedad de la situación», y con el objetivo de transformarlas en órganos del Frente único. La experiencia demostraría lo acertado de esta actuación, ya que el Octubre asturiano significaría un corte fundamental en el desarrollo del movimiento obrero español durante la República, y favorecería decisivamente las perspectivas del PCE, tal y como han señalado los historiadores:

«En primer lugar, cancelando la etapa de la Alianza Obrera como frente único por arriba [...] Y, sobre todo, creando una corriente favorable a esa “unidad de ac-

¹¹ Una vez superada la posición sectaria del grupo del anterior Secretario General, Bullejos, y tras la salida del PSOE del gobierno republicano, desde donde había practicado una política de contención del movimiento obrero.

¹² Para el desarrollo de las alianzas del PCE en este período, M. Bizcarrondo, «De las Alianzas Obreras al Frente Popular» y M. Tuñón de Lara, «El bloque popular antifascista», en *Contribuciones a la historia del PCE*, FIM, 2004.

ción” que se había predicado incesantemente el año anterior. Es un ambiente propicio para la formación de comités de enlace entre organizaciones socialistas y comunistas».

Nos parece importante tomar en cuenta esta «corriente favorable». La represión llevada a cabo por el Gobierno, bajo la dirección del asesino Franco, contra los revolucionarios alimentó la orientación unitaria de los trabajadores españoles, favoreciendo la relación entre socialistas y comunistas para disgusto de la dirección del PSOE y la UGT, que veían cómo las Alianzas se iban convirtiendo, en la práctica, en instrumentos de frente único que favorecían la hegemonía comunista. En la segunda mitad de 1935 ya habían sido levantadas 207 Alianzas locales, el 75% de las cuales estaban controladas por el PCE.

El fracaso electoral de la izquierda (que se presenta dividida) en noviembre de 1933, la represión tras Octubre y la amenaza del fascismo forman en España el caldo de cultivo propicio para el desarrollo de las directrices marcadas por el VII Congreso de la Internacional Comunista. Ya entre febrero y abril de 1935, sectores del PSOE empiezan a defender una alianza electoral con la “izquierda burguesa” (los partidos republicanos propiamente dichos); pero lo hacen pensando en retomar la tradicional conjunción republicano-socialista (cuyo origen se remonta a 1910), para repetir la experiencia del gobierno reformista de 1931-1933. Este proyecto va a resentirse, por tanto, de la propia orientación de los dirigentes socialistas, pero también de las condiciones de inferioridad en que lo aborda la clase obrera (que es la que sufre la represión derechista) y la desconfianza de los republicanos hacia el PCE. Para Azaña (Izquierda Republicana), por su parte, la presencia de los socialistas en una coalición debía ser una mera plataforma de apoyo «para una obra realizada desde el poder por los republicanos», de forma que las aspiraciones más propias de los trabajadores quedaran fuera del programa. En opinión de Prieto, representante del ala más liberal del PSOE entonces, los socialistas debían apuntalar la democracia burguesa e impulsar reformas que promovieran el crecimiento capitalista, mediante la intervención del Estado, así como otras medidas democráticas referidas al ejército, el sistema bancario, la educación, etc. De ahí que concibiera su proyecto de alianza con los republicanos como puramente electoral.

Pero, como hemos visto, el PCE había aumentado su hegemonía entre el proletariado, y la utilizará para defender una política que conecta con las preocupaciones populares inmediatas en ese momento. Ya en diciembre de 1934, el Partit Comunista de Catalunya (PCC, que se fusionará con otros partidos en 1936 para formar el PSUC) lanza la consigna: «Contra el bloque de las fuerzas de la reacción, opongamos el Bloque Popular Antifascista»,

para luchar por las «reivindicaciones de tipo democrático». En enero de 1935, el PCE llama a «todos los antifascistas del país», incluyendo a los republicanos, a desarrollar la solidaridad con los represaliados de Octubre. Su campaña conecta con amplias masas populares y, con el apoyo de una intensa agitación y propaganda, permite al PCE protagonizar y organizar los movimientos de solidaridad. En febrero, los comunistas proponen al PSOE y las Alianzas constituir «el Frente Único para las elecciones». Aquí se observa ya la influencia de la experiencia francesa pues, aunque no se habla de los partidos republicanos, sí se pretende incorporar a las capas populares, al «pueblo laborioso», al combate «contra la reacción y el fascismo». En marzo, el Secretariado del Partido ya se refiere a la «Concentración Popular Antifascista [...], compuesta por todos los elementos y organizaciones que realmente están dispuestos a luchar contra el fascismo», lo cual incluye a «republicanos, intelectuales, pequeña burguesía, etc.». Esa primavera, la debilidad de la coalición derechista en el poder y la posibilidad de unas elecciones animan a diferentes organizaciones de la izquierda a trabajar por la unidad, poniendo sobre la mesa la posibilidad de una amplia coalición de la izquierda; a medida que se aproximen las elecciones, se irá acelerando el proceso de unidad. Los comunistas no van a permanecer ajenos a esta cuestión.

En junio, José Díaz explicaba en Madrid la táctica del Frente Popular de forma más elaborada: se trataba de formar una Concentración Popular Antifascista para, con la dirección del proletariado, acabar con el «gobierno reaccionario y fascista». Su programa incluía la confiscación y reparto de las propiedades de los terratenientes y de la Iglesia, el derecho de autodeterminación para las nacionalidades, la mejora de las condiciones de vida y trabajo de las masas populares y la amnistía para los revolucionarios presos. Aunque el núcleo del Bloque Popular serían las Alianzas Obreras y Campesinas, el llamamiento incluye «a los intelectuales honrados, a los artesanos, a los pequeños industriales y comerciantes; en fin, a todos los que aborrecen el fascismo y su secuela de terror, de miseria y de hambre». El planteamiento comunista contará desde muy pronto con el apoyo del socialista Julio Álvarez del Vayo, que casi cuarenta años más tarde presidirá el FRAP.

Junto a esto, el acercamiento entre las bases de los dos partidos obreros incrementa la presión desde la base en el interior del PSOE; diferentes testimonios se refieren a esta aproximación entre las bases y a la impresión generalizada entre las masas de que «comunistas y socialistas marchaban de común acuerdo». En relación con este elemento subjetivo, el historiador M. Tuñón de Lara se refirió a «la reacción sentimental de las masas ante la represión» que, tras la derrota electoral de 1933, «va a crear una conciencia, si se quiere difusa, de que hay que estar unidos sea como sea». Una

muestra de esta reacción sería también la elección del comunista Cayetano Bolívar, preso desde 1932, como diputado por Málaga.

Esta “presión” que ejercen las masas es muy tenida en cuenta por el Partido, como muestra un *Boletín de orientación* de mayo de 1935:

«Las masas trabajadoras, flageladas por la reacción económica y social, ven con buen ojo la formación de un bloque de izquierda republicano-socialista [...]. Esa situación impone pues a nuestro Partido la necesidad de tomar la iniciativa para la formación de un amplio bloque antifascista, cuyo programa tenga puntos de coincidencia, que permita agruparse alrededor suyo a todas las capas sociales interesadas en la defensa y ampliación de los derechos democráticos del pueblo trabajador».

Teniendo en cuenta estos factores, interpretando correctamente las necesidades y anhelos de las masas, y comprendiendo la verdadera importancia de la amenaza fascista, los comunistas españoles supieron concretar para España la táctica que podía servir para frenar el fascismo y hacer avanzar la Revolución, retomando la dialéctica entre el carácter defensivo y ofensivo de las alianzas: partiendo de una táctica defensiva, las nuevas condiciones objetivas de la primavera y tras la sublevación fascista conducen a una línea de ofensiva, revolucionaria, que planteará en julio de 1936 una democracia de nuevo tipo¹³. Para ello, los comunistas luchan por crear una estructura de Frente Popular de abajo a arriba, que sirva para presionar al resto de partidos. En palabras del historiador M. Tuñón, «hay una dialéctica de Frente Popular español que le lleva directamente de la acción defensiva a la acción ofensiva de conquistas democráticas, de avance revolucionario y democrático». El Frente Popular, pese a la intransigencia de los republicanos respecto al programa electoral, sería el instrumento que permitiría galvanizar a las masas trabajadoras para plantar cara al fascismo en nuestra Guerra, con la dirección de los comunistas¹⁴.

¹³ M. Tuñón de Lara, op. cit., p. 263.

¹⁴ Como también le plantaría cara, años después, el Frente Revolucionario Antifascista y Patriótico (FRAP), que compaginó la lucha armada con una importante labor de organización y dirección política de las organizaciones populares. Por su parte, la Convención Republicana de los Pueblos de España promovida por el FRAP se proponía movilizar a «sectores muy amplios de masas que comprenden que bajo la monarquía fascista y la dominación yanqui no es posible ningún verdadero cambio ni libertades ni democracia real alguna para el pueblo.» *Documentos del Segundo Congreso del PCE (m-l)*, 1977.

Los Frentes Populares hoy

En los últimos años, los marxistas-leninistas no hemos dejado de promover formas de alianza con diferentes organizaciones obreras y populares y con otros sectores trabajadores del pueblo. Tenemos, por ejemplo, el caso de Ecuador, donde el Frente Popular aglutina, desde hace más de 25 años, a organizaciones de estudiantes, obreros y campesinos, maestros, profesionales, mujeres, jóvenes, artistas, etc.¹⁵

En su ponencia sobre *La tendencia de izquierda*, (julio de 2007), la Directiva Nacional del Frente Popular de Ecuador se marcaba el objetivo de «desarrollar nuevos y más altos niveles de UNIDAD, que pueda hacer posible calificar a la corriente y llevarla a la construcción de un país diferente, que sea el que siente las bases para el triunfo de la lucha popular y avance por vía revolucionaria hacia la construcción de la nueva sociedad socialista.», señalando el papel del FP como instrumento ofensivo en el desarrollo de la revolución ininterrumpida y por etapas. Pero es realmente digno de remarcar, para el objetivo de este artículo, un párrafo que muestra la clarividencia de los compañeros y del Partido hermano que los alienta:

«El fortalecimiento de la corriente pasa entonces por la incorporación en mejores condiciones del movimiento social y popular con visión de clase, combatiendo el criterio de los supuestos “nuevos actores”, de los “ciudadanos”, *que tiene como trasfondo la negación del papel decisivo de la clase obrera y de los trabajadores para lograr la derrota definitiva del capitalismo*, la negación de la existencia de las clases sociales, creando la ilusión de que todos somos iguales, de que es posible el socialismo sin tocar los intereses clases dominantes, exclusivizando la vía de las elecciones, sin tener en cuenta la necesidad de la lucha insurreccional»¹⁶.

Una situación que finalmente ha obligado, nos parece, a volver a “activar” el carácter defensivo de las alianzas, en lo que respecta a la defensa de los recursos nacionales, la educación pública, la resistencia frente a la represión y otras luchas que las organizaciones populares llevan a cabo contra el viraje derechista de Correa.

También los camaradas mexicanos impulsan desde 2001 un Frente Popular Revolucionario, que nació como «alternativa de organización democrática-revolucionaria para las masas trabajadoras de la ciudad y el campo»; su contenido democrático, revolucionario, antifascista y antiimperialista contempla, asimismo, la reivindicación de mejores condiciones de vida y

¹⁵ Nos ceñiremos a algunas experiencias desarrolladas por partidos de la CIPOML, a sabiendas de que nos dejamos en el tintero a organizaciones tan importantes como los Frentes que aglutinan a la izquierda palestina.

¹⁶ Véase en www.voltairenet.org (la cursiva es nuestra).

trabajo para la población. El Frente tiene entre sus objetivos «organizar al pueblo y conducirlo a la lucha y acción revolucionaria», que debe desembocar en un Gobierno Provisional Revolucionario que convoca una Asamblea Nacional Constituyente Democrática y Popular; pero ello no impide llevar a cabo una «acción abierta y legal como fuerza política revolucionaria» que sirva como referente político para quienes aspiran a una transformación radical de la sociedad.

No cabe duda de que el FPR ha cosechado éxitos importantes, contribuyendo al desarrollo de iniciativas de unidad obrera y popular como el Consejo General de Huelga en la UNAM, la Promotora Por la Unidad Nacional Contra el Neoliberalismo, el Frente Sindical Campesino Indígena Social y Popular, el Diálogo Nacional, el Consejo Nacional de Huelga, la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca y las Asambleas Populares en otros estados, el Movimiento Nacional por la Soberanía Alimentaria y Energética, los Derechos de los Trabajadores y las Libertades Democráticas (PACTO) o la Asamblea Nacional de la Resistencia Popular¹⁷.

En 2008, el FPR constituyó el Movimiento de Liberación Nacional junto a más de treinta organizaciones políticas, sociales y sindicales, con el fin de luchar «por mejores condiciones de vida de los trabajadores mexicanos». Se trata de una organización antineoliberal, que se plantea la instauración de un gobierno democrático y popular. Como vemos, la orientación política general acompaña al trabajo por las demandas inmediatas de las masas, igual que en los frentes de los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Pero, en este caso, predomina el aspecto ofensivo. Los camaradas se plantean la necesidad de construir el FPR de abajo a arriba, «en una organización amplia, de masas, nacional [...]»; y en el movimiento de masas, necesitamos elevar las formas de unidad y organización de las masas, [...] conformar instancias por centro de trabajo y por comunidad, cuyas características esenciales deben ser: órganos para la insurrección, y órganos para el ejercicio del poder proletario y popular», tareas relacionadas con la convocatoria, más cercana, del Congreso Social por la Nueva Constituyente.

Más recientemente, los camaradas del PCOF han lanzado, en su reciente Congreso, la consigna de formar un Frente Popular Revolucionario¹⁸. No ocultan los camaradas en absoluto la influencia del ejemplo tunecino, en el que se inspiran:

«Evidentemente, las situaciones no son idénticas, pero lo que ha pasado en Túnez, la onda de choque que esto provoca en el mundo árabe y la simpatía que

¹⁷ *Manifiesto del Frente Popular Revolucionario* (septiembre de 2010).

¹⁸ *La Forge*, nº 515 (febrero de 2011).

suscita por todas partes, todo ello actúa sobre la lucha de clases, sobre la lucha entre el campo de los pueblos y el de la oligarquía, el capitalismo y el imperialismo. [...] El movimiento, particularmente en Túnez, se apoya sobre movilizaciones de masas que reivindican la idea de la revolución. [...] Las exigencias democráticas y sociales de las que este proceso revolucionario es portador suscita el interés de todas las fuerzas políticas y sociales que luchan por una ruptura con el sistema capitalista. Nos dice, en primer lugar, que la lucha de clases puede acelerarse, que las cosas pueden evolucionar muy rápidamente y que es necesario, por tanto, prepararse. Nos dice que la lucha para hacer avanzar o para detener el proceso comienza muy rápidamente, y que hay que saber apoyarse sobre los sectores más conscientes y más decididos para arrastrar a las amplias masas. Nos dice que las fuerzas políticas y sociales que están por una política de ruptura deben trabajar juntas, buscar puntos de unidad, trabajar por un programa de ruptura.»

Estas enseñanzas, junto a la urgencia de la situación política y social en Francia, son las que han decidido a nuestros camaradas a lanzar la consigna del Frente Popular Revolucionario a todas las fuerzas de la izquierda transformadora. «Es necesario un frente, es decir, una alianza de todas las fuerzas políticas y sociales de la izquierda transformadora, para combatir juntas [...]. Debe ser popular, lo que permite la unión de todas las capas víctimas de las políticas neoliberales, con la clase obrera devuelta al primer plano [...]. Debe tener un carácter revolucionario, para que las rupturas sean profundas, duraderas, se hagan a favor de las masas populares y de los pueblos, en detrimento de los poseedores oligarcas.»

Como señalan los camaradas, las condiciones en Francia han ido madurando a través de numerosas luchas desarrolladas por las masas populares, y particularmente por la clase obrera, contra la política neoliberal de Sarkozy: la campaña por un NO de izquierdas al Tratado de la Constitución Europea supuso un verdadero hito, ya que permitió delimitar campos con el social-liberalismo, articular el trabajo a través de comités populares y elaborar un programa común contra el neoliberalismo. La crisis capitalista provocaría una agudización de la lucha de clases, con nuevos conflictos en torno a la reforma de la universidad, el desguace de los hospitales, la reforma del servicio de correos, los despidos, la reforma de las pensiones... Todas esas luchas han obligado a los partidos de la izquierda antiliberal a trabajar en común para dar su apoyo al movimiento y a sus reivindicaciones, dejando a un lado las disputas electorales y los cálculos cortoplacistas. En las elecciones regionales fue posible presentar las listas *Ensemble* (Juntos), para llevar todas estas luchas a la campaña electoral. Y estos esfuerzos de la izquierda política por la unidad han sido muy bien recibidos por muchos militantes de los diversos partidos y de los sindicatos.

Todos estos factores, a los que se suma el ejemplo de las revoluciones

árabes, han puesto de relieve la existencia de dos campos bien diferenciados en sus intereses de clase, en su concepción de la sociedad y, por tanto, en su programa político. Amplios sectores han percibido la necesidad de un cambio profundo, más allá de la “alternativa” social-liberal, poniendo en cuestión el mismo sistema capitalista. Todas estas luchas han tenido un carácter defensivo frente a los ataques de las políticas neoliberales; pero, en su desarrollo, han ido creando las condiciones de trabajo unitario y leal, a nivel nacional y en la base, y han promovido la necesaria confianza del proletariado en sus propias fuerzas, que permiten plantear un nuevo grado de unidad. Por todo ello, los camaradas del PCOF plantean la necesidad de que el Frente que preconizan sea, en primer lugar, un proceso de unidad política de la clase obrera y del pueblo, que debe forjarse en las luchas contra la política reaccionaria del gobierno. De ahí que la primera tarea sea llevar su propuesta de unidad y de programa a su propio entorno y a todas las organizaciones de la izquierda transformadora.

También nuestro Partido ha valorado la revolución tunecina como extremadamente importante en el contexto internacional, y hemos extraído de ella enseñanzas bastante similares a las de los camaradas franceses; de ahí que hayamos querido incluir una cita algo extensa de su último editorial.

Importante, ante todo, porque ha puesto en primer plano de la actualidad mundial la necesidad y posibilidad de la revolución, pero también su contenido obrero y popular, dando un ejemplo valiosísimo a las masas oprimidas de todo el planeta. En efecto, el desplazamiento del impulso revolucionario a este lado del Atlántico ha puesto al descubierto algunas verdades que durante largo tiempo se ha intentado ocultar. En primer lugar, que las revoluciones las hacen los pueblos, con la clase obrera al frente, organizándose de abajo a arriba en torno a un programa común que permita mostrar a las amplias masas quiénes son sus enemigos y hacerles comprender que es necesario deshacerse de ellos para avanzar en sus reivindicaciones. El revisionismo olvidó muy pronto estos principios, que como hemos visto han gobernado la política frentista de los comunistas desde principios del siglo XX, y los sustituyó por sucedáneos de la Revolución, como el nacionalismo y el caudillismo. Y recalamos que *los* *sustituyó*, porque una cosa es apoyar expresiones antiimperialistas como el “socialismo árabe” de un Baaz, por ejemplo, y otra muy distinta renunciar a la preparación, organización y movilización de las masas para la revolución, como se señalaba en el texto del FP ecuatoriano. No olvidemos que uno de los partidos que accedieron, en un principio, a formar parte del gobierno de Ghannuchi en Túnez, *Attajdid*, tiene su origen en la transformación del Partido Comunista Tunecino a prin-

cipios de los años 90; y que Ben Alí, que llegó al poder entre esperanzas de cambio y progreso, permitió su actividad legal, lo cual contrasta de manera sangrante con la persecución a la que fue sometido nuestro partido hermano, el PCOT. Otro caso notable es el del “socialista” libio Gaddafi, que sigue mereciendo encendidas defensas por parte de distintos sectores revisionistas, reforzados en su confusión ideológica por las ansias intervencionistas del imperialismo europeo y norteamericano, aun cuando el líder libio ha sido un fiel aliado suyo desde hace ya algunos años.

Y es que la respuesta del revisionismo al movimiento revolucionario en el mundo árabe ha puesto de relieve su total desorientación, entreguismo y olvido de los principios, que le ha impedido comprender la naturaleza revolucionaria de los levantamientos, su carácter de clase y su importancia para la lucha de los pueblos contra el imperialismo. El silencio, cuando no la búsqueda de la mano de la CIA detrás de toda revuelta popular, ha sido la nota dominante en estos sectores, ávidos de líderes que les muestren el verdadero camino a seguir, porque su desconfianza hacia las masas es total. Y, claro está, tan clamoroso como su griterío resulta su silencio. Lo pudimos observar en Ecuador en torno al pasado 30 de septiembre (ahora, el silencio ante las medidas neoliberales de Correa vuelve a ser tan atronador como antes de esa fecha); y volvemos a verlo ahora, cuando el ruidoso apoyo a Gaddafi contrasta con el menosprecio hacia los avances de los pueblos tunecino y egipcio, que siguen peleando para que no les arrebaten su revolución; en ese caso, no dudamos que los admiradores de caudillos volverían a cacarear, para recordarnos que el Pentágono es omnipotente y que los pueblos nada tienen que hacer. Esa es su triste y resignada “propuesta”: como un remedo del “ultraimperialismo” de Kautsky, consideran, en realidad, que los pueblos tienen la partida perdida; que cualquier proceso realmente revolucionario, de acuerdo con los ejes que históricamente rigieron el avance de la clase obrera, y que hoy vuelven a hacerlo en Túnez, está condenado a ser aplastado por la reacción. Y que, por tanto, los movimientos por la base y las organizaciones populares y obreras que pretendan ir más allá son sospechosos, cuando menos. Como ya señalábamos en el último Informe de nuestro Comité Central, no perciben los cambios intervenidos en el flujo permanente de los procesos políticos. «Esta percepción equivocada, esta visión deformada de la realidad, es una dialéctica al revés en la que las conclusiones de los análisis podríamos decir que son realmente las contrarias de las que resultarían lógicas.»

Por el contrario, nuestros camaradas tunecinos han sabido dar respuestas acertadas al momento porque nunca renunciaron a preparar la revolu-

ción. Muy al contrario, incluso en los peores momentos de la represión benalista, mantuvieron su difícil trabajo entre las masas, educándolas en la necesidad de conquistar la libertad política y la justicia social, y promovieron formas de acción común con otras fuerzas de la oposición. De no haber sido así, no habría sido posible conformar, en un solo mes tras el inicio de las revueltas, un verdadero Frente, con un programa que recoge las reivindicaciones populares más inmediatas y que las concreta en una alternativa política que se organiza a todos los niveles. No podemos dejar de transmitir a los camaradas tunecinos nuestra admiración y nuestras felicitaciones más calurosas por la agilidad y el acierto con que están actuando en el transcurso de esta revolución.

El PCOT, en efecto, supo conectar con el deseo, compartido por amplios sectores, de garantizar la libertad individual y pública y levantar instituciones democráticas. Pero también se puso a la cabeza de las reivindicaciones de las gentes sencillas: el paro, la explotación, la carestía de la vida, la disparidad entre las regiones, la corrupción, la injusticia y la arbitrariedad. A todos ellos les propuso un camino claro: disolución de las instituciones del régimen e instauración de un gobierno provisional para organizar elecciones libres y transparentes a una Asamblea Constituyente, para elaborar una nueva Constitución, en la que cobra particular importancia el bienestar de la población. En definitiva, el Frente que aglutinará a los sectores populares será un instrumento para el «cambio democrático, en toda su dimensión política, económica, social y cultural», a través de «una verdadera República democrática, en la que el pueblo goce de libertad, de justicia social y de dignidad»¹⁹. Mientras tanto, diferentes organizaciones políticas y sociales de la izquierda habían levantado ya sus voces contra la represión benalista, ligando su destino al del pueblo junto al que combatían.

Como es sabido, el fruto de todos estos esfuerzos fue la constitución del “Frente 14 de Enero”, que está siendo un agente fundamental para evitar el secuestro de la revolución²⁰, y cuyo programa recoge todas las propuestas de nuestros camaradas. Pero, de todas ellas, queremos llamar la

¹⁹ Declaración del PCOT del 15 de enero de 2011.

²⁰ En este sentido, saludamos la creación del Comité por el Congreso Nacional de Salvaguarda de la Revolución, que ha ampliado la unidad a otras dieciocho organizaciones políticas y sociales (incluyendo al Congreso por la República, la UGTT y los islamistas de Ennahda), constituyéndose en un auténtico contrapoder que, estructurado también en comités regionales y locales, ha conseguido incrementar la presión sobre el gobierno “de transición” hasta el punto de derribar a Ghannouchi con la movilización de las masas; dichas incorporaciones demuestran la importancia del papel de nuestros camaradas en la revolución y lo acertado de su línea.

atención sobre el punto 14, porque viene a reforzar lo que hemos dicho en los párrafos previos, y entronca con las posiciones de Lenin que destacábamos al principio:

«El Frente saluda a los comités, asociaciones y las formas de autoorganización popular y les anima a ampliar su ámbito de intervención a todo lo referente a la dirección de los asuntos públicos y demás aspectos de la vida cotidiana.»

Nos parece que esta es una cuestión fundamental, porque pone de relieve una actitud radicalmente diferente a la mostrada por los revisionistas frente a las masas. Aquéllos tratan de utilizarlas, de instrumentalizarlas: como resultado, surgen las “transiciones a la española”; los marxistas-leninistas, en cambio, reforzamos las organizaciones populares, animamos su desarrollo, elevamos sus miras hacia el necesario cambio político y la destrucción de las relaciones de dominación. Tal y como remarcaba el comunicado del PCOT del 15 de enero, «las fuerzas políticas, sindicales, culturales, de defensa de los derechos humanos y todo el pueblo deben trazar conjuntamente el futuro de Túnez. Nadie puede arrogarse el derecho de negociar con el régimen en nombre de esas fuerzas, que han sido determinantes para derribar al dictador.» El “Frente 14 de Enero” es un ejemplo brillante de los rasgos que hemos ido exponiendo a lo largo de este trabajo. Como instrumento ofensivo, y a partir de reivindicaciones concretas, proporciona un marco organizativo (con comités a todos los niveles), un programa y una dirección política a las masas, particularmente a los sectores más conscientes y más decididos, como señalan los camaradas franceses²¹. Pero la revolución tunecina es del pueblo, y esta es la mejor garantía de su triunfo.

²¹ Entendemos que esta es una postura radicalmente opuesta a la que preconizan ciertas ONG y otras organizaciones en América Latina, que defienden formas de “autoorganización popular” entendidas como «contrapoderes» autónomos que, al no pretender una transformación general, lo que consiguen es apartar a las masas de la lucha política y, en consecuencia, apuntalar el sistema.

¿Y en España?

Si nos hemos extendido tanto en los apartados previos ha sido porque nos parece muy importante dejar bien asentadas las bases teóricas y prácticas que deben fundamentar nuestra política frentista. Tenemos en cuenta la experiencia histórica española, pero concedemos especial relieve a aquellos elementos que nos permiten, sobre todo, conectar esa política a la situación y a las necesidades de las masas, por un lado, y combatir las posiciones que puedan desviar a las clases trabajadoras de una línea justa, por otro²².

Debemos tener en cuenta, a la hora de abordar esta cuestión en nuestro país, la extrema debilidad y división de la izquierda política y la gran dispersión del movimiento obrero, como resultado de la traición revisionista y socialdemócrata al final del franquismo, agravada por la incidencia del reformismo y la tendencia a la colaboración de clases; si a esto se añade el hecho de que, aquí, las direcciones sindicales han optado por continuar con la “línea de concertación” frente a los ataques oligárquicos, como si no hubiera ocurrido nada en los dos últimos años, se puede entender que nuestro contexto inmediato sea bastante diferente del francés. Y, sin embargo, Túnez nos recuerda que, como venimos afirmando en nuestros documentos, la situación actual es extremadamente fluida y las contradicciones pueden tener desarrollos inesperados.

Nuestro Partido lleva ya algún tiempo señalando la necesidad de articular una respuesta general, un “bloque popular”, frente al ataque de la oligarquía (realizado “en bloque”, con una cohesión prácticamente absoluta), como indicábamos al principio. Hasta la firma del reciente Acuerdo Económico y Social (centrado, sobre todo, en el recorte de las pensiones de jubilación) entre Gobierno, patronal y los sindicatos CCOO y UGT, estos últimos han sido las únicas organizaciones, y en especial CCOO, que han sido capaces de articular la resistencia frente a las agresiones, dada la debilidad de la izquierda política. Pero, como acaban de demostrar, el oportunismo y el temor a la confrontación siguen muy vivos en las direcciones sindicales. Por eso, una de las tareas principales que se ha marcado el PCE (m-l) es el reagrupamiento de los sectores de clase dentro de CCOO y el desarrollo de la combatividad de la clase obrera dentro y fuera de los sindicatos, sin abandonar las posibles coincidencias con sindicatos más izquierdistas en aras de promover, en la medida de lo posible (dada la trayectoria de enfrentamiento entre las centrales sindicales), una cierta unidad por la base. La flui-

²² Porque, como señalan los camaradas del PCOF, «la unidad es un combate que hay que llevar a cabo contra el electoralismo, contra la imposición del reformismo, contra el radicalismo».

dez de la situación actual, marcada por los crecientes recortes de derechos, está permitiendo avanzar claramente en esta línea, que favorece también (aunque no sin dificultades) el acercamiento entre las organizaciones políticas de la izquierda y la discusión con trabajadores sin partido. Y la experiencia nos dice que, tal y como señalaba Dimitrov, hay una relación dialéctica entre el desarrollo de la unidad de la clase obrera (el Frente Único de la Tercera Internacional) y la incorporación de las masas populares a la lucha democrática (el Frente Popular): el trabajo sobre los problemas concretos del proletariado va haciéndole comprender la necesidad de marcarse objetivos políticos para hacer realidad sus reivindicaciones, mientras que la crisis política y la discusión sobre las cuestiones generales están llevando a muchos trabajadores a implicarse en la lucha directa en sus centros de trabajo y estudio.

En este contexto, es evidente la potencialidad que tiene una línea frentista que recoja, como hemos comprobado en todos los ejemplos anteriores, las reivindicaciones más inmediatas y perentorias de las masas para convertirlas en una propuesta política general, de carácter democrático, que permita agrupar fuerzas e ir pasando a la ofensiva. Pero hay que remarcarlo: ese desarrollo dialéctico de las demandas populares se verá cercenado en cualquier iniciativa unitaria que no contemple un nuevo marco político general, que en España, por nuestra historia y por la forma en que se implantó la democracia tras la dictadura, sólo puede ser la Tercera República.

En tercer lugar, tenemos que atender a una cuestión subjetiva: la experiencia del Frente Popular en España ha dejado una profunda huella en las gentes de izquierda. Ese recuerdo, aunque difuso y muchas veces mitificado (a veces de forma interesada, al servicio de posiciones hegemónicas, de dejación de los principios, en el seno de la izquierda), que suele permanecer como una corriente más o menos subterránea, vuelve a aflorar, sin embargo, entre las masas más conscientes cuando perciben la amenaza que se cierne sobre ellas, como en el momento presente. Pero este anhelo, cuya influencia hemos descrito para el período que separa el Octubre asturiano de las elecciones de febrero de 1936, se entremezcla con diversas carencias que limitan gravemente su potencial; fundamentalmente, la debilidad de la izquierda y la falta de madurez política entre las masas, por los factores ya mencionados. De ahí que hayamos visto la necesidad de responder a esa aspiración unitaria, sí, pero en la medida que la tendencia de las masas a autoorganizarse y su implicación directa en la política son aún muy débiles, sobre todo si se compara con la fe que muchos tienen todavía en la capacidad del voto dentro de democracias como la nuestra.

Por eso, la otra consigna básica que lanzó nuestro Congreso, junto a la

de reforzar el sindicalismo de clase, es la de fomentar candidaturas republicanas (esto es, populares, democráticas) en las elecciones municipales del próximo mayo. Creemos que la positiva acogida que está teniendo este llamamiento (sobre todo, en comparación con la frialdad con la que fue recibido hace cuatro años) refleja varios cambios: primero, la incidencia de la crisis y la comprensión, cada vez más generalizada, de que es necesaria una respuesta política, amplia y plural de la izquierda a los ataques de la oligarquía, abandonando el tradicional sectarismo y las tendencias hegemónicas; segundo, el desapego creciente de amplios sectores respecto a las organizaciones más institucionalizadas de la izquierda (incluyendo aquí a las bases del PSOE); y tercero, por qué no decirlo, el trabajo unitario que ha desarrollado nuestro Partido, demostrando una lealtad, firmeza en los principios y flexibilidad táctica que han ayudado a vencer la desconfianza inicial de muchos militantes de la izquierda y a crear una cierta presión sobre la dirección de sus organizaciones. Creemos que la táctica de las candidaturas republicanas ayuda a dar pasos hacia la revolución en el mismo sentido que hemos ido viendo en los diferentes ejemplos expuestos: pone el acento en las preocupaciones cotidianas de las masas, pero proporciona un marco político general que permite apuntar a las causas de los problemas; permite vincularse al proyecto republicano con diferentes grados de compromiso, partiendo de la existencia, todavía, de una cierta confianza en la democracia parlamentaria; responde al republicanismo más o menos consciente que aún profesan amplios sectores populares, entroncando además con sus anhelos de “unidad de la izquierda”, pero sobre principios ideológicos firmes; produce una presión sobre la socialdemocracia y otros sectores de la izquierda, que se ven obligados a dar pasos hacia la unidad; y, con todo ello, favorece la formación de núcleos de organización desde la base pero que, al enmarcarse en unos objetivos políticos generales, necesariamente tienen que buscar algún tipo de coordinación.

Son pasos pequeños, como decía Lenin, pero que permiten que las clases populares tomen conciencia de su fuerza, señalan por dónde empezar y marcan el recorrido a seguir para llevar a cabo la revolución en España, teniendo en cuenta que la revolución socialista no está separada de la revolución democrática por una muralla china. Probablemente el camino sea largo, el tiempo lo dirá, pero tenemos la voluntad de andarlo junto a nuestros partidos hermanos y disponemos, para ello, de la organización, la experiencia y la elaboración teórica que nos brinda el marxismo-leninismo.

¡VIVA EL FRENTE POPULAR!